





El rumor de un nombre

David Vallejo

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

El rumor de un nombre

© David Vallejo

Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-63-7

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González

Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director general del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina

Director de Publicaciones y Fomento Literario

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles

Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumberras Tristán

Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles

Diseño de forros e ilustración: Bruno Espinoza Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y

Gaspar de la Garza 421, zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000

Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

Para Greis y Alo.

Para mi madre y mi padre.

Para mi hermana y hermano.

Para mi suegros y cuñadas.

Para Dylan...



PRIMERA PARTE

La forja del mito

CAPÍTULO 1

Ain't it just like the night to play tricks
When you're tryin' to be so quiet?

BOB DYLAN, *Visions of Johanna*

La memoria es un animal salvaje, no se deja domesticar, no se alinea en fila, no sigue órdenes. Algunos recuerdos son nítidos como una navaja recién afilada, otros están cubiertos de polvo como un piano viejo en la trastienda de un negocio que nunca abre.

Nací en Duluth, Minnesota. Un lugar donde el viento no pide permiso y la nieve no tiene dueño. Donde los barcos llegaban cargados y se iban vacíos, dejando tras de sí un eco de sirenas y silbatos que se quedaba atrapado en las calles. Donde la gente trabajaba hasta que sus manos ya no podían más y luego moría sin que nadie lo notara demasiado.

Mi padre, Abe Zimmerman, trabajaba en la Standard oil, vendiendo combustible a una ciudad que nunca dejaba de moverse. Era un hombre que hablaba poco y esperaba aún menos. Creía en el dinero contado cada fin de mes, en la seguridad de tener un techo firme sobre la cabeza y en que la vida era algo que simplemente se aceptaba sin demasiadas preguntas.

Mi madre, Beatrice, tenía una forma distinta de entender el mundo. A veces la encontraba tocando el piano cuando creía que nadie la escuchaba.

No tocaba para impresionar, no lo hacía por costumbre. Lo hacía porque el sonido era un escape, porque en esas notas había un rincón donde el mundo no podía alcanzarla.

La casa donde crecí no tenía lujos, pero tenía la radio. Y la radio hacía que la casa fuera más grande.

Las primeras cosas importantes que aprendí no las aprendí en la escuela, sino en la radio. La escuela hablaba de historia como si fuera una serie de fechas grabadas en piedra. La radio me enseñó que la historia era otra cosa: las voces de tipos que nunca había visto, que contaban lo que realmente pasaba.

Por el día, anuncios de jabón y cigarros, noticias sobre hombres de traje que nunca pisaban Duluth. Luego, en la noche, podías escuchar cosas distintas.

Una trompeta sonando en Chicago.

Un coro de góspel en Memphis.

Un hombre solo con su guitarra en algún pueblo donde la gente no se quedaba mucho tiempo.

Un día escuché algo diferente, me atravesó como un clavo oxidado que se enterraba en mi alma. Tenía un alma dura, hecha de vetas viejas: la voz de alguien que tuvo que aprender a resistir antes de asimilar lo que sentía. Se mostraba sin lujos, y con una voz seca contaba una historia sin adornos.

No era blues, no era country.

Era folk, era Woody Guthrie.

Una gran canción te toca en sitios secretos, muta y, cuando parece que te abandona, regresa como un hijo pródigo. Las canciones no estaban hechas para provocar olvido, al contrario, construían memoria.

También eran tiempos de *jazz*. La voz de Ella Fitzgerald y el piano de Oscar Peterson me mostraban que la música no solo se escucha, también se respira, se siente, se deja entrar hasta volverse parte de uno mismo.

“*Ruby my dear*” de Monk me atravesaba el alma. Cada nota caía en mí como lluvia y con esos acordes melancólicos sentía que algo en mi interior se rompía y reconstruía al mismo tiempo.

Sin embargo, las noches en Duluth seguían siendo frías y largas. A veces me despertaba y miraba por la ventana, esperando ver algo que nunca aparecía: la salida a un mundo que era más grande que esto.

El puerto, la nieve, la rutina. Todo parecía demasiado pequeño.

Los trenes pasaban en la distancia; no sabía a dónde iban, los imaginaba yendo a un lugar donde poder crear cosas nuevas, sin minas, sin la obsesión por la productividad... imaginaba que iban a alguna parte. Soñaba despierto con subirme a uno, alejarme, no mirar atrás: explorar.

Mi padre quería que me quedara quieto, que aprendiera a llevar un negocio, que pensara en cosas prácticas.

Yo no era práctico.

Yo escribía palabras en los márgenes de los cuadernos, frases que no sabía de dónde venían. Pensamientos que se negaban a desaparecer. Mi madre una vez encontró uno de mis papeles y me preguntó qué significaba.

Le dije que no sabía.

Sonrió y no insistió.

Las casas en Duluth eran fuertes, hechas para resistir los inviernos. Las vidas eran parecidas. Nacías, crecías, trabajabas, envejecías. Esa era la historia, yo había empezado a escribir otra historia que no sabía cómo iba a terminar; lo único claro era que no quería que se pareciera a las demás.

CAPÍTULO 2

“Come in”, she said, “I’ll give you shelter from the storm”.

BOB DYLAN, *Shelter from the Storm*



El viento en Duluth tenía un sonido propio. Era un aullido que venía desde el lago, un silbido que golpeaba las ventanas y un recordatorio de que todo estaba en constante movimiento.

En Hibbing el viento no aullaba. Solo empujaba el polvo rojo de las minas, cubría los autos, las casas, la ropa de la gente. El viento no llevaba promesas.

Nos mudamos cuando yo tenía seis años. Mi padre enfermó de polio. No podía seguir en la Standard oil, así que mi madre decidió que lo mejor era volver a su pueblo, donde la familia de los Stone podía ayudarnos.

Duluth quedó atrás sin ceremonias. No hubo despedidas, no hubo una última mirada por la ventana. Solo una mudanza, cajas apiladas en la parte trasera de un camión; la ciudad que se fue reduciendo hasta desaparecer.

En Hibbing todo era más silencioso. Las ciudades mineras tienen su propio lenguaje; la gente habla solo lo necesario, es practicidad minera. Las calles no están hechas para detenerse, las

construyeron para llevar a los hombres a la mina y devolverlos a sus casas al final del día.

Los edificios son por completo funcionales, no hay decorativos; los niños no juegan a ser artistas ni escritores ni viajeros. La adultez se vuelve juego, sueño y costumbre; el imaginario gira en torno al trabajo en la mina, los niños juegan a ser sus padres. Es la rueda que no deja de girar, la rueda que mueve al mundo.

Hibbing era un pueblo que había sido trasladado, literalmente. Cuando descubrieron más hierro bajo la ciudad derribaron edificios y los reconstruyeron en otro sitio. Así era Hibbing: podía moverse entero, y mantenerse igual. Mi casa no era muy distinta de la de Duluth, solo se sentía más pequeña.

Tal vez porque la nieve se acumulaba contra las paredes en invierno.

Tal vez porque el cielo era más bajo.

Tal vez porque aquí, las canciones en la radio sonaban más lejanas.

Mi padre pasaba más tiempo en la mueblería que en la casa. No había otra cosa que hacer.

Mi madre me preguntaba si me gustaba la escuela. Le decía que sí, pero nunca le dije que lo que aprendía ahí no me servía para nada.

La biblioteca era el único lugar donde podía imaginar que el mundo iba más allá de las conversaciones sobre el precio del hierro. Fue ahí donde encontré a Whitman, Kerouac y Rimbaud; Whitman me hablaba como si nos conociéramos de antes: “Sí, chico, el mundo es más grande de lo que te han dicho”. A Kerouac lo veía escapando de algo, las palabras se me figuraban ruedas y el papel una carretera. Rimbaud me hizo entender que las palabras no tenían que obedecer a ninguna regla.

Los trenes que pasaban nunca se detenían. Miraba los vagones desaparecer en la distancia y me preguntaba si alguien los estaba esperando en otra parte, o si algún día yo también me subiría a uno. A veces, acostado en la cama con los ojos abiertos, escuchaba el silbido lejano de un tren en la madrugada e imaginaba que me estaba llamando.

Mi abuelo Zigman Zimmerman había cruzado el Atlántico huyendo de un país que no lo quería. Dejó atrás un idioma, una historia, toda una vida. Mi padre no hablaba mucho de eso. No

hablaba mucho de nada. Sin embargo, yo sabía que el miedo estaba en mi sangre: el miedo a quedarse demasiado tiempo en el lugar equivocado. Yo tenía miedo de quedarme, todos tenían miedo de las bombas. Para mí la permanencia y las bombas eran representadas por el mismo sonido, en mi cabeza ambas ideas estallaban igual, entonces Woody Guthrie surgía desde el fondo de mi mente y el estruendo se detenía; igual que en la radio, su música callaba el ruido alrededor.

La vida se fue haciendo más fácil luego de las grandes guerras. Todo se volvió más suave e indoloro en lo que aparecía un nuevo conflicto. Woody no hablaba de amor ni de corazones rotos, hablaba de hombres caminando por carreteras sin nombre, de trabajadores que morían sin que nadie se diera cuenta. Hablaba de cosas que nadie enseñaba en la escuela y de un país que no estaba en los mapas. A pesar del miedo y los conflictos, Hibbing seguía ahí, inamovible como el hierro, mientras el polvo metálico lo cubría todo.

Algo dentro de mí estaba cambiado.

CAPÍTULO 3

In a world of steel-eyed death,
and men who are fighting to be warm.

BOB DYLAN, *Shelter from the Storm*



Las noches en Hibbing se estiraban por la falta de acontecimientos. No era el tiempo lo que se alargaba, sino el vacío.

El pueblo dormía temprano. Las luces de las casas se apagaban una por una: Alguien bajaba un telón invisible sobre el escenario que era la ciudad.

Me quedaba despierto con la radio encendida buscando algo que no sabía cómo nombrar. Algunas noches encontraba predicadores que gritaban sobre el fin del mundo; otras, una trompeta que anunciaba una guerra imaginaria; un locutor que hablaba con la voz baja y compartía secretos en un lenguaje que solo unos pocos podían entender. Si lo intentaba las vigiliass podían ser interesantes. No obstante, las mejores noches eran las que traían algo inesperado; la primera vez que escuché a Lead Belly pensé que la radio estaba rota. No era bonito, no intentaba serlo. Cantaba de caminos que solo iban en una dirección. Era la primera vez que entendía que la música no tenía que ser cómoda para ser real.

La radio fue mi primera maestra. Mi segundo maestro fue Johnny Campbell, me llevaba dos años y cien vidas de ventaja. Nos conocimos en

la escuela cuando nos castigaron juntos por no prestar atención. Yo estaba escribiendo algo en los espacios en blanco de un libro de historia.

—¿Qué escribes? —preguntó.

—No sé. Algo que escuché en la radio.

Asintió, por increíble que parezca, para él esa era una respuesta válida. Desde entonces nos entendimos sin necesidad de explicaciones. Johnny me enseñó a trepar al techo del cine abandonado. Desde ahí podíamos ver todo el pueblo: las luces de los bares, el humo de las fábricas y las sombras de los trenes.

—¿Alguna vez pensaste en irte? —le pregunté una noche.

—Todo el mundo lo piensa —respondió.

—¿Y por qué nadie lo hace? —Johnny no respondió solo miró la carretera y encendió otro cigarro.

Fue Johnny quien me llevó a la estación de tren a conocer a Mr. Tambourine. No sé si realmente se llamaba así o si el apodo lo inventó alguien y se le quedó. Era un viejo que tocaba en la estación

con una guitarra gastada y una pandereta atada al pie. Cada vez que golpeaba el suelo con el talón la pandereta sonaba, marcando un ritmo que parecía venir de otro tiempo. Cantaba canciones que no estaban en la radio. Historias sobre ferias ambulantes y carreteras que terminaban en la nada.

—¿Cómo aprendiste a tocar? —le pregunté y se rio mostrando los dientes, entonces dijo:

—No se aprende, chico, se escucha.

Empecé a escribir más.

No eran canciones todavía, tenía fragmentos, imágenes sueltas, frases que aparecían en mi cabeza y no me dejaban en paz. A veces escribía cosas que no entendía del todo, y seguí hasta que un día esas ideas encontraron su lugar: el tren que parte sin destino, la feria abandonada después de la lluvia, el sonido de una pandereta en un callejón vacío; esa sombra que cruza la calle, pero nunca llega al otro lado.

Algunas historias no necesitan explicación, solo necesitan que alguien las escuche.



CAPÍTULO 4

but to live outside the law, you must be honest.

BOB DYLAN, *Absolutely Sweet Marie*

La escuela era solo un sitio donde te enseñaban a esperar, y esperaba a que algo se moviera, a que el mundo diera una señal... mientras eso sucedía, seguía esperando el fin de clases y el fin del día; a su vez esperaba a que me dijeran qué tenía que hacer y quién iba a ser... entre tanta espera olvidé esperar la señal y empecé a hacer que sucedieran las cosas: construí mi propio tiempo, porque la realidad era que nadie, fuera de ese lugar, me iba a esperar.

Los profesores hablaban como si la historia ya estuviera escrita, como si no quedara nada más por descubrir. Yo sabía que eso no era cierto: la historia estaba en la música que llegaban por la radio desde otra parte, en la forma en que la gente hablaba en susurros sobre cosas que nadie quería recordar. Yo no quería que dictaran mi vida o me anclaran al pasado. Lucharía por escribir mi propio futuro.

El cine era mi otra escuela. El *Lybba theatre* tenía butacas hundidas y un proyector que sonaba como un tren a punto de partir. No importaba qué película pusieran todas eran un escape.

Me gustaban los forasteros, los que entraban en escena sin un pasado claro, los que no prometían

quedarse, esos que decían poco, pero con cada palabra movían el mundo.

Yo no quería ser un héroe ni un villano, quería ser el tipo que conocía todos los caminos, sin desviarse del construido por él mismo.

Salía del cine repitiendo en mi cabeza los diálogos que más me habían marcado, quería sentirlos en la boca; las palabras son potenciales armas, refugios y puertas. En ese momento no podía ni imaginar la proximidad del acontecimiento que cambiaría todo.

El amor en Hibbing no era como en las canciones de la radio. Era más simple, casi silencioso. Me tuve que topar con una chica con la sonrisa mal puesta, un poco torcida y un baile que terminó en un santiamén para entender la trascendencia de lo que estaba por ocurrir. Lo escribía en mis notas, escribía sobre esa sonrisa torcida, el baile todo porque me asustaba no distinguir la realidad de la ilusión. ¿Qué escribía? Imposible recordarlo todo, aunque estoy seguro de que ordenaba mi propia realidad.

Otra diferencia entre la casa de Hibbing y la de Duluth era el silencio, en aquella el silencio era más denso.

Mi padre hablaba con números y facturas. Mi madre hablaba con la mirada. Cuando creces en un lugar así aprendes a llenar el vacío con otras voces.

La radio.

Los libros.

Las películas.

Cada una de esas cosas me decían lo mismo en distintos códigos: que había un mundo más grande allá afuera.

La guitarra apareció en mi vida de forma natural, la clásica guitarra vieja con el barniz gastado en los trastes y la madera con las huellas de alguien más. No aprendí con partituras ni profesores. Aprendí con la radio, entre muchas cosas me enseñó que la música no era solo sonido.

Una noche, mi padre entró en mi habitación sin previo aviso. Me encontró con la guitarra en las manos. No dijo nada durante un momento. Solo me miró.

—No toques por dinero.

Y se fue.

No supe qué quiso decir con eso: tal vez que la música no debía ser un negocio; tal vez que el mundo no necesitaba más músicos, necesitaba hombres que construyeran cosas reales. Nunca lo supe. Pero lo recuerdo.

Después de eso, la guitarra se convirtió en mi casa. Me dormía con los dedos adoloridos y con ella entre mis brazos. Atrapaba canciones en lugar de escribirlas: eran pájaros salvajes que escogían posarse en mi hombro; mi responsabilidad era cantarlas, así Hibbing fuera el mismo por siempre y la gente siguiera levantándose cada día para repetir el día anterior, yo debía cantarlas. Para mí todo había cambiado.

CAPÍTULO 5

I was born here and I'll die here, against my will.

BOB DYLAN, *Not Dark Yet*



Algunas cosas en la vida te eligen antes de que puedas elegir las. La guitarra me eligió a mí. No fue un gran momento, no hubo un rayo de luz iluminando el mástil, no hubo un coro celestial anunciando mi destino. Toqué la primera vez sin saber qué estaba haciendo. Mis dedos eran torpes, el sonido era un desastre. Pero no importaba. Lo que importaba era la sensación. El instrumento sabía más que yo e intentaba decirme algo, pero yo aún no sabía cómo escuchar.

Aprendí con las manos, equivocándome, como se aprende realmente. No tenía partituras ni clases ni nadie que me corrigiera. Tenía la radio, tenía el oído y la insistencia de alguien que no sabe hacer otra cosa más que intentarlo.

Algunos aprenden a tocar con libros. Yo aprendí con los ecos. El eco de mis propios pensamientos, una y otra vez, hasta que encontré una melodía. Las canciones que más me golpeaban no eran las que sonaban más limpias, eran las que, aunque el sonido fuera imperfecto, si no las tocaba, podían devorarme.

La primera vez que toqué en público no fue en un escenario, fue en un pasillo de la escuela cuando alguien me pasó una guitarra y me dijo:

—A ver si sabes hacer algo con esto.

Después de eso entendí que algunas decisiones se toman solas, cuando uno deja de estorbarles. Nadie aplaudió, nadie dijo nada; se quedaron en silencio, pero no solo las personas, el ambiente quedó paralizado. Ese día conocí otro tipo de silencio, y en un pueblo donde todo era ruido de fondo, ese silencio era la única señal de que algo realmente había sucedido. La señal que hace mucho había dejado de esperar. Después de eso la guitarra se convirtió en mi pase de salida.



SEGUNDA PARTE

El forastero de Hibbing

CAPÍTULO 6

With no direction home,
a complete unknow, like a rolling stone.

BOB DYLAN, *Like a Rolling Stone*

Hibbing, convertía las certezas en cadenas: cada año parecía el mismo, y la única promesa era que el futuro se parecería demasiado al pasado.

Algunos tenían trabajos esperando.

Algunos tenían familias que no los dejarían ir.

Algunos simplemente nunca se preguntaban qué había más allá. La pregunta no me dejaba en paz. La radio encendida en la madrugada me decía que había otro mundo, las luces de la ciudad no llegaban hasta aquí y los mapas no tenían marcadas las salidas invisibles. La biblioteca era mi única ventana a lo desconocido. Cerraba los libros sabiendo que ahí no estaba la respuesta. En las noches salía de casa y caminaba hasta la estación de tren.

Me sentaba en un banco y miraba las vías.

El suelo temblaba cuando un tren pasaba.

No se detenía. Nunca se detenía.

Quería seguir adelante, continuar en línea recta.

Mi abuelo Zigman Zimmerman había cruzado un océano porque no tenía otra opción.

Yo sí tenía opciones: quedarme o partir, pero me aterraba tomar una decisión. El miedo a que cuando finalmente te vayas no tendrás a dónde

llegar; fortuitamente, una noche, la voz de Woody Guthrie volvió a salir de la radio: “*All you can write is what you see*”, y en Hibbing ya lo había visto todo. De nuevo, algunas decisiones se toman solas...

CAPÍTULO 7

If you see her, say hello, she might be in Tangier.

BOB DYLAN. *If You See Her, Say Hello*

Hay personas que llegan a tu vida como una canción que escuchas por la radio una sola vez. Te golpean en el pecho, te dejan sin aire... y en este caso, desaparece, y justo cuando estas a punto de encontrarla... ya es demasiado tarde.

Ella era así.

No un amor para quedarse. Su destino era ser un recuerdo.

No sé si la inventé o si la mezclé con otras personas, con memorias de rostros de mujeres que vi pasar por las calles. Pero en mi mente ella siempre estaba ahí con el cabello suelto, con la chaqueta delgada en pleno invierno, con los ojos puestos en algo que yo no podía ver. Nunca planeé hablarle, ella me habló primero una tarde en la biblioteca.

—Siempre llevas la guitarra contigo.

—Siempre la necesito.

Sonrió. Y eso fue suficiente. La sonrisa torcida.

—¿A dónde irías si pudieras irte? —me atreví a preguntarle.

—A cualquier parte.

—¿Y por qué no lo haces?

—No sé cómo irme, por eso sigo aquí.

Y en ese momento entendí algo: ella tampoco se quedaría y mi camino no era el mismo que el de ella.

Una vez la vi en la tienda de discos con un acetato en las manos, moviendo los labios, cantando en silencio. Me acerqué:

—¿Te gusta?

—No me gusta. Lo necesito.

Había escuchado a Little Richard rugir de lejos como un trueno en la radio de alguna fonda de madrugada, pero cuando ella me lo trajo de vuelta, lo escuche de verdad. Mi crecimiento se dio con él y con el *rock & roll* permeando en mis huesos. Se convirtió en algo tan natural como el polvo de los zapatos. Richard se volvió mi estrella brillante y luz de guía, me brindó la energía que necesitaba.

La última vez que la vi estaba con otro chico mayor. Alguien que ya tenía un auto y que hablaba con la seguridad de quien nunca ha dudado de nada. Me vio de lejos y me saludó con la cabeza. Yo le devolví el gesto.

No había tristeza en su rostro, en realidad no había nada en su rostro. Ese fue el momento en que

supe que ya no pertenecía a esa historia. No todas las historias de amor terminan con una carta sin responder. A veces, simplemente desaparecen, por eso la recuerdo más; me alegró entender que nunca tendría que verla convertirse en parte de Hibbing. Jamás sería una persona predecible.

Años después, cuando escribí sobre amores que se van, pensé en ella. Recordé en la manera en que leía un libro que no le interesaba solo para matar el tiempo; recordé el día cuando ella también se dio de que yo no me quedaría aquí. Ahora entiendo porque no me incluyó en su historia, a pesar de que ambos nos iríamos de esas minas, nuestros objetivos estaban en lugares diferentes, y ni ella o yo íbamos a desviarnos de nuestros deseos.

Todo se acaba. Jamás dijo nada, cerré la puerta sin hacer ruido y pasaron los días.

Yo ya no estaba ahí.

CAPÍTULO 8

But I was so much older then,
I'm younger than that now.
BOB DYLAN, *My Back Pages*

En Hibbing la muerte era solo otra parte de la rutina. La gente moría en las minas, en las carreteras heladas, en camas demasiado pequeñas para sostener el peso de toda una vida de trabajo. Y la ciudad seguía girando como si nada hubiera pasado. Aquí nadie hablaba de los muertos. Se los enterraba y se los olvidaba.

Todos somos frágiles cuando se trata de muerte. Sin embargo, mientras que para unos era algo que pasaba, para mí era un pensamiento recurrente.

Dormía con la vida y la muerte en la misma cama.

Los fantasmas no se iban.

Se quedaban en las paredes de las casas antiguas.

Se quedaban en el polvo ferroso que flotaba en el aire.

Se quedaban en los silencios incómodos de las conversaciones a media luz.

La primera vez que vi un cadáver fue en una feria, no un cadáver real, pero lo parecía. Un boxeador, un tipo grande, de manos gruesas y cara marcada por los golpes, tirado en la lona con la

boca abierta y los ojos en blanco. Nadie decía nada. El otro boxeador levantó los brazos y sonrió. El público aplaudió, yo seguía sin entender por qué nadie se acercaba a ver si el hombre respiraba. Años después, escribiría sobre tipos como él.

Hombres que fueron derribados y olvidados.

Hombres que nadie ayudó a levantarse.

El boxeo tenía algo de verdad. Tenía leyes: Si bajabas la guardia, te golpeaban en la cara. Nadie ayudó al boxeador a levantarse. Yo tampoco supe cómo hacerlo.

Hibbing era un lugar donde la gente evitaba ciertos temas. El racismo, por ejemplo: no es que no existiera, simplemente nadie hablaba de ello. Yo escuchaba las noticias en la radio y oía sobre la lucha por los derechos civiles; sobre asesinatos de hombres negros en el sur, protestas, líderes que hablaban de libertad... en mi pueblo nadie protestaba. Nadie marchaba por las calles. Pero a veces, en la tienda de abarrotes, escuchabas a alguien bajar la voz cuando hablaba de “ellos”; sabías lo que significaba. Yo no quería ser parte de ese silencio, también iba a escribir canciones sobre eso. Porque

si la gente no quiere hablar de la verdad, entonces alguien tiene que cantarla.

A los diecisiete años descubrí las motos. Un tipo del pueblo tenía una Indian chief roja, enorme, el motor sonaba como un animal enjaulado. La primera vez que me subí a una sentí que el mundo podía moverse a mi ritmo.

El viento golpeando la cara.

El asfalto pasando bajo los pies.

El rugido del motor cubriendo cualquier pensamiento.

Era una forma de escapar sin irme del todo, de ir rápido en un lugar donde todo iba lento.

Mi peinado cambió antes de que yo cambiara. El cabello creció más de la cuenta y el viento era mi peine. Mi madre dijo que parecía un loco, los demás dijeron que me veía raro. No me importó. Un hombre se convierte en lo que imagina de sí mismo.

El boxeador seguía en el suelo en mi memoria y yo ya no veía el pueblo con los mismos ojos, porque ya no pertenecía a él. Solo estaba esperando la oportunidad, el momento adecuado para partir.



CAPÍTULO 9

And I can change, I swear, see what you can do.

BOB DYLAN, *You're a Big Girl Now*

La gente en Hibbing creía conocerme, en realidad lo único que sabían era que mi padre era Abe Zimmerman y que no era bueno para el béisbol, luego supieron que llevaba una guitarra; eso era todo. Los entiendo, yo tampoco tenía idea de nada.

El mundo te dice que seas alguien antes de que sepas quién quieres ser. Me llamaban Robert Zimmerman, pero ese nombre pesaba como una piedra en los bolsillos. Los Zimmerman eran comerciantes. Los Zimmerman no eran trovadores.

En la escuela, cuando preguntaban de dónde venía mi familia, decía cualquier cosa.

“Nací en la carretera”.

“Oklahoma”.

“Mi padre fue forajido y mi madre cantaba en clubes de *jazz*”.

Era obvio que no me creían, aunque sí dudaban.

Nunca me pareció tan interesante contar la verdad, como las historias que yo decidía contar. Aprendí a mentir con estilo porque entendí que las historias importan más que los hechos. No importa de dónde vienes, sino cómo cuentas tu origen.

La biblioteca de la escuela aparte de refugio era un campo de batalla.

Entre libros que enseñaban cómo debías pensar.

Entre fechas de guerras ganadas y perdidas.

Entre páginas que hablaban de héroes que nunca habían pisado Minnesota, me faltaba un libro que me enseñara a convertirme en alguien más. A falta de ejemplo, decidí crear esa historia yo mismo.

No todos los héroes llevan uniforme.

Algunos llevan guitarras.

Algunos llevan cicatrices.

Algunos no llevan nada más que una historia que nadie ha contado antes.

Woody Guthrie era más peligroso que un villano de novela. Él era real y decía la verdad sin esperar aplausos.

La primera vez que me llamé a mí mismo Bob Dylan, lo hice en voz baja, probando cómo sonaba. No sabía qué significaba, pero sabía que era mío. Robert Zimmerman era un chico de Hibbing. Bob Dylan era alguien que todavía no existía, aún estaba en gestación.

Mi guitarra empezó a sonar diferente después de eso, su sonido se hizo más fuerte y urgente. Al igual que yo, sabía que el tiempo se estaba acabando.

CAPÍTULO 10

I'm ready to go anywhere, I'm ready for to fade
into my own parade.

BOB DYLAN, *Mr. Tambourine Man*

En Hibbing la fe también era una cuestión de costumbre: se iba a la iglesia los domingos porque siempre se había hecho así. Se oraba antes de dormir porque los padres lo decían. Se decía “Dios nos cuida” como si fuera un hecho, pero yo no veía a Dios en las iglesias, sino los bosques cubiertos de nieve y también lo escuchaba en el sonido de una armónica solitaria a medianoche. Las luces de las casas eran islas en un mar oscuro. El viento movía las ramas de los árboles. Me gustaba estar solo. El pueblo era diferente cuando no había nadie. La gente me importaba, sin ellos que siempre me rodearon no sería yo, pero en la soledad podía escuchar mejor mis pensamientos, al mundo girando.

No me sentía parte de nada. Y eso estaba bien.

En la tienda de abarrotes, había un viejo que se sentaba en la esquina y hablaba solo. Aunque el rumor era que estaba loco, yo creía que él podía ver cosas que los demás no podían. La locura, mirada desde otro ángulo, es lucidez y libertad. Un día, cuando pasé junto a él, murmuró algo sin mirarme:

—Los trenes no van a ninguna parte, chico. Solo están buscando algo.

Me quedé pensando en eso. Seguíamos los trenes porque se movían, y en ese tiempo moverse ya era una forma de esperanza. Quizá la respuesta no importaba, lo único que importaba era moverse.

En esa época leía a William Blake. Considero que no era un poeta, sino un vidente, sus palabras abrían puertas a otras realidades. Entonces pensé en las canciones no solo como melodías, las entendí como mensajes que venían de ese lugar al que estaba destinado llegar.

Meses después un compañero me prestó un disco de Robert Johnson.

—Escucha esto, Dylan.

Lo puse sin esperar demasiado, hasta que la primera nota sonó. Algo se rompió en el aire, fue inmediato. Era un conjuro, Johnson tampoco cantaba sobre amor, sus letras hablaban del destino en un sentido utópico, uno que ya estaba decidido antes de que nacieras y del sonido de los pasos en el camino. Sentía que se comunicaba conmigo, la música funcionó como portal para comunicarse con un fantasma.



TERCERA PARTE

Hacia el horizonte

CAPÍTULO 11

The highway is for gamblers, better use your sense.

BOB DYLAN, *It's All Over Now, Baby Blue*

Dije que iba a la Universidad de Minnesota porque sonaba mejor que decir “no sé qué hacer con mi vida”. Sin embargo, en cuanto llegué a Minneapolis supe que no era un estudiante. Las calles eran rápidas, la gente hablaba sin detenerse evitando preguntar demasiado. Nadie me conocía. Era perfecto.

Las primeras semanas intenté asistir a clases: tomaba apuntes, me sentaba en las filas de atrás, escuchaba a los profesores hablar de cosas que no me importaban; pronto me di cuenta de que el conocimiento no solo estaba en los salones, también se encontraba en los cafés de Dinkytown, en los bares donde se hablaba de poesía y política entre tragos de café barato, con los músicos callejeros que tocaban con la certeza de que el mundo nunca les devolvería el favor.

Así que dejé de ir a clase, había encontrado otro tipo de aprendizaje. En Ten o' clock scholar, un café lleno de tipos que parecían haberse escapado de novelas de Kerouac, logré que me dejaran tocar. No pagaban, pero al menos no te echaban a patadas. Me subí a la tarima con mi guitarra. No tenía repertorio propio. Canté canciones de Woody Guthrie, de Hank Williams, de otros que ya habían

estado en este camino antes que yo, solo que ahora, al terminar el repertorio, el nombre que se escuchó fue Bob Dylan, salió de mi boca automáticamente. Mis palabras conocían mi destino.

—¡Bob Dylan!

Uno puede pasar años buscando una voz, a veces basta escuchar a alguien más para reconocer la propia. Había tipos que tocaban mejor que yo, desgraciadamente no sabían cómo hacer que la gente los escuchara. Yo todavía estaba aprendiendo a tocar, pero ya sabía cómo hacer que la gente creyera lo que cantaba. Eso valía más que la técnica. La música es una ilusión. La libertad es un arma de doble filo.

Por primera vez, nadie me decía qué hacer. Podía levantarme cuando quisiera. Podía ir a donde me diera la gana y desaparecer, nadie me buscaría. Eso era emocionante y aterrador, porque cuando nadie te dice quién eres, tienes que decidirlo tú.

Un día, después de tocar en un café, alguien se me acercó y me preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy aprendiendo.

—¿A qué?

—A ser Bob Dylan.

Nadie me enseñó nada, solo dejé de hacer algunas cosas. La verdadera educación estaba en la música, en las conversaciones a medianoche, en la sensación de que el mundo se estaba abriendo como un acorde nuevo que todavía no sabía cómo tocar. No terminé mis estudios, dejé la escuela antes de tiempo. No sucedió nada, la rueda siguió girando y la vida se mantuvo igual de difícil.

CAPÍTULO 12

Leave your stepping stones behind, something calls for you
BOB DYLAN, *It's All Over Now, Baby Blue*

La nostalgia no es lo que recuerdas. Es lo que decides no olvidar. Hibbing era un pueblo que se quedaba en la piel como el polvo en el aire, lo llevabas contigo, aunque lo sacudieras de la ropa y dijeras que ya no importaba.

Sabía que me iba, que no volvería, pero algunas cosas aún me ataban. Regresé a Hibbing antes de partir por última vez. No iba a despedirme, las despedidas son para los que creen que hay un camino de regreso. Regresé para mirar el pueblo con los ojos de alguien que ya no pertenecía a él.

Quería caminar por la calle principal y ver si las casas parecían más pequeñas.

Quería entrar a la tienda de abarrotes y escuchar si la gente todavía hablaba en frases cortas.

Quería saber si la mina seguía rugiendo debajo de la ciudad.

Todo estaba igual. Lo que había cambiado era yo. Mi madre me miró diferente, me miró un segundo, sabía de algo que yo todavía no podía cargar. Las madres siempre saben. Mi padre tampoco dijo nada. Nunca había sido un hombre de muchas palabras y ahora no iba a empezar. Se sentó en su sillón, encendió un cigarro y miró la

ventana, esperando a que algo pasara. Realmente no esperaba nada, solo me dio espacio para irme sin demasiadas explicaciones. Los viejos amigos me preguntaban qué iba a hacer con mi vida. Les di una respuesta diferente a cada uno.

—Voy a viajar por el país.

—Voy a escribir canciones.

—Voy a Nueva York.

—Voy a ser músico.

No sabían si creerme. Yo tampoco.

Pasé mi última noche en Hibbing en mi habitación, me senté en la cama con la guitarra en las manos.

Amaneció.

Metí unas pocas cosas en una bolsa y no miré hacia atrás, temía deshacer el hechizo. En la terminal de autobuses compré un boleto.

No sentí tristeza.

No sentí miedo.

Sentí alivio.

Y partí.

CAPÍTULO 13

I left Rome and landed in Brussels, on a plane ride
so bumpy that I almost cried.

BOB DYLAN, *Tangled Up in Blue*

El autobús arrancó antes del amanecer. Miré por la ventana y todo era blanco, las luces parpadeaban en la distancia mientras que el mundo que conocía se reducía a un punto en el retrovisor. Mis sentimientos se mezclaban al ritmo de los torbellinos en la nieve. Los autobuses de larga distancia son iglesias en movimiento. Lugares donde la gente confiesa su historia.

Un hombre con un traje arrugado dormía con la boca abierta.

Una mujer murmuraba versículos de la Biblia, rezaba para que Dios estuviera a su lado.

Un niño miraba por la ventana. A esa edad uno huye sin saber de qué. A veces incluso huye de quedarse quieto.

En una parada de carretera, un viejo con una armónica se sentó a mi lado.

—¿A dónde vas, muchacho?

—A Nueva York.

—¿Y qué vas a hacer allá?

—Voy a conocer a Woody Guthrie.

El viejo me miró, sonrió con cansancio.

—Si vas a conocer a Woody, más vale que lleves algo que valga la pena cantarle.

No respondí.

—Nadie se presenta con las manos vacías.
Nadie es bienvenido si no tiene algo que ofrecer.

El autobús llegó a Nueva York en mitad de la noche. La ciudad no me estaba esperando. No había una bienvenida, no había una señal de que este era el lugar correcto. No conocía a nadie, no tenía dónde dormir. Así que caminé.

Los edificios eran altos, demasiado altos. No te miraban, te ignoraban.

Las calles estaban llenas de autos, de luces, de gente que se movía con la certeza de que sabía a dónde iba. Yo no tenía esa certeza.

Las primeras noches dormí donde pude.

Una estación de tren.

Un banco de parque.

El suelo de un café que cerraba tarde y abría temprano.

Nadie me miraba. Nadie notaba que yo existía. Nueva York no te da nada, había que robarlo. Por la mañana entré a un café solo para calentarme. Un hombre me miró de reojo, en Nueva York uno siempre tiene que saber quién está en la habitación. Descubrí que, en esta ciudad, si no tienes algo que

ofrecer eres invisible; sí quería sobrevivir tenía que hacer que mi guitarra hablara por mí.

Otro amanecer llegó con los primeros ruidos de la ciudad. No sabía cuánto tiempo iba a durar ahí.

CAPÍTULO 14

Struck by the sounds before the sun,
I knew the night had gone
BOB DYLAN, *Lay Down Your Weary Tune*

Seguía caminando, tocando, esperando, yo ya no era el mismo. Las calles del Village tenían su propio idioma. No era el idioma de los poetas ni de los músicos, era el idioma de la gente que no tenía otro lugar a dónde ir, lo entendía. Cada bar era un campo de batalla. Cada canción era una moneda lanzada al aire; por un lado, estaban los que se iban sin ser recordados y, por otro lado, los que insistían hasta que la ciudad los dejaba entrar. Yo estaba en el margen... por supuesto que no iba a pedir permiso.

El club estaba lleno de caras conocidas. No amigos. No aliados. Solo gente que había estado aquí más tiempo que yo, en eso consistía su ventaja, probablemente la única que tenían sobre mí. Mientras tanto, yo llevaba semanas tocando en rincones oscuros, esperando mi oportunidad. Uno de esos días el dueño del bar me miró y dijo “te toca”, supe que ese era el momento.

El micrófono olía a cigarro y desesperación. El escenario era solo un metro cuadrado de madera gastada, pero para mí era una ciudad entera esperándome. No pensé en qué canción iba a tocar, en nada. Solo dejé que la música saliera. Al finalizar

la gente no aplaudió de inmediato: se quedaron quietos. Después alguien golpeó la mesa con los nudillos, un sujeto asintió con la cabeza. Y otro tipo en la barra dijo:

—Ese chico tiene algo.

No fue un triunfo. Fue la primera grieta en el muro, la presentación surtió un efecto positivo, después de esa noche todo fue diferente. Era un mundo pequeño, los músicos empezaron a saber mi nombre, algunos me mencionaban con respeto, otros con esa mezcla de envidia y curiosidad. No importaba cómo lo dijeran. Lo importante era que lo estaban diciendo. Un día un tipo me pasó un disco:

—Escucha esto, Dylan.

Era Bertolt Brecht y Kurt Weill, *The three-penny opera*. No sonaba como nada que hubiera escuchado antes.

No era *blues*.

No era *folk*.

No era *rock & roll*.

Era algo más. Era teatro. Era política disfrazada de canción. Era un hombre riéndose mientras el mundo se caía a pedazos. Me hizo pensar en la

música de otra forma. No quería solo cantar canciones, quería construir un universo.

Otra noche, un músico que nunca había hablado conmigo se me acercó después de un *show*:

—Vas a durar aquí —dijo.

—¿Por qué? —sonrió.

—Porque no te importa si nadie te escucha.

No respondí. Pero supe que tenía razón. Yo no estaba aquí para que me escucharan. Estaba aquí para asegurarme de que no pudieran ignorarme. Quería componer una gran pieza para mí, no para el mundo, para después componer otra hasta que aquello se volviera en un ciclo interminable en una trampa en vida en la que quisiera estar.



CAPÍTULO 15

People tell me it's a sin,
to know and feel too much within
BOB DYLAN, *Simple Twist of Fate*



En Nueva York nadie recuerda a los que se rinden. Cada noche había alguien nuevo en el Village, un tipo con una guitarra y una historia que creía que nadie había contado antes.

Todos llegaban con ambición, con miedo, con la esperanza de que la ciudad les diera algo que no podían encontrar en otra parte. Había pasado meses tocando en bares donde el público no levantaba la cabeza. Entonces pensaba que todo era urgente. Ahora sé que casi nada lo es. No bastaba con cantar bien o con escribir buenas canciones. Había que hacer que la gente creyera que ya te conocía antes de haberte escuchado. El primer rumor empezó sin que yo lo buscara.

—Ese chico Dylan...

—Dicen que ha estado por todo el país.

—Dicen que no tiene hogar, que viajó en trenes de carga.

—Dicen que nació en un circo.

Lo decían como si ese nombre siempre hubiera estado ahí.

—Bob Dylan.

No los corregí, la verdad apareció tarde, como suelen hacerlo las cosas que importan. Y en esos

momentos, supe que ya no me pertenecía. Empecé a ver en los bares a los mismos músicos, los mismos poetas que recitaban con el alma rota. A las mismas damas que me veía con brillo en los ojos. Los mismos tipos que miraban con envidia o respeto. Algunos me llamaban “Dylan” con una media sonrisa. Otros asentían con la cabeza cuando me veían entrar. No era un forastero. Pero tampoco era parte del paisaje, era alguien que estaba en medio de algo.

Las canciones empezaron a escribirse solas con mayor frecuencia. Llegaban una tras otra, se conocían y sabían que podía cantarlas. Ya no eran pensamientos sueltos en los márgenes de mis cuadernos o en los espacios en blanco de los libros. Ya no eran líneas copiadas de viejos discos de *folk*. Ahora eran mías.

Las cosas se fueron sumando solas.

Casi sin darme cuenta, ya estaba en otro lugar. Mi mente creadora se volvía espíritu y mi cuerpo, sustancia. Un día, en un bar, alguien me dijo:

—Dylan, ¿cómo sabes que esto va a funcionar?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Entonces por qué sigues?

—Porque no hay otra opción.

Ya no era invisible.

CAPÍTULO 16

The answer, my friend, is blowin' in the wind
BOB DYLAN, *Blowin' in the Wind*



Los finales son una ilusión. No hay un punto donde todo cambia, no hay una línea que divide quién eres de quién serás.

Un día te subes a un escenario y nadie te escucha.

Al siguiente, alguien pregunta tu nombre.

Después, alguien repite ese nombre.

Nueva York no me regaló un contrato. No me puso un escenario enfrente. No me dio la bienvenida con una ovación, solo me dejó quedarme. Woody Guthrie estaba en un hospital en Nueva Jersey; tomé un autobús sin preguntarme si tenía derecho a estar ahí. No llevaba flores ni un discurso. Nada más mi guitarra, emociones y recuerdos contenidos. No le dije quién era. No le dije de dónde venía. Solo toqué una canción y exploté.

Fui para encontrarme a mí mismo, siempre fui egoísta. Regresé a Nueva York con la guitarra colgada al hombro.

Aquí termina esta historia. Lo que viene después, ya es sabido.



Epílogo

Dicen que la memoria es como una radio vieja, nunca sabes qué estación vas a encontrar. A veces encuentras un fragmento de algo que reconoces y resulta ser pura estática. Este libro es como ese control de sintonía: un intento de sintonizar algo que pasó hace mucho tiempo, algo que quizás nunca pasó.

Se han dicho muchas cosas sobre mí. Demasiadas. La gente ha pasado años diseccionándome, tratando de encontrar la fórmula secreta, como si mi historia fuera un código que necesita ser descifrado. Pero la verdad es que si hay algo que he aprendido es que la historia es un invento. Cada vez que la cuentas, cambia.

Así que aquí está la mía, o al menos, la que decidí contar hoy antes de que mi memoria se evapore. Este libro no es un regalo de despedida ni una confesión.

La gente ama la última gran verdad. Ya lo mencioné antes, yo nunca he sido bueno con las verdades absolutas. Prefiero los misterios.

Aquí, en estas páginas, pueden encontrar el origen de muchas de mis canciones. Pueden ver las obsesiones que se filtraron en mi música, en mis pinturas, en las figuras de hierro que ahora moldeo con mis manos.

La radio que nunca dejé de escuchar.

Las ferias ambulantes, los boxeadores, los poetas muertos demasiado jóvenes.

Los rostros en los bares, en las estaciones de tren, en los moteles donde dormí sin saber si estaba yendo a alguna parte o simplemente huyendo de algo.

Todo está aquí. Todo, excepto la verdad.

Sé que hay preguntas que han flotado en el aire por años, ¿le di drogas a los Beatles? No lo sé. Estaba tan drogado que no recuerdo si lo hice o si simplemente estaba imaginando que caminaba por un campo de fresas mientras me convertía en morsa. Lo único que sé es que una vez, en un hotel de Londres, nos encerramos en una habitación y cuando salimos el mundo se veía diferente. Dicen que después de eso el *rock* cambió. Yo solo recuerdo que reíamos mucho.

¿A quién amé más? A mí mismo. Y me arrepiento.

¿Por qué estaba tan delgado en los sesenta? Porque el hambre era parte del espectáculo. No me refiero a la comida. Me refiero a la necesidad de moverte, de seguir adelante, de ser parte de algo más grande que tú mismo. La música era un incendio y yo estaba en el centro. No había tiempo para comer. No había tiempo para dormir. Decían que era por drogas, que era por el caos. Tal vez solo era porque en esos años el mundo era tan grande que yo tenía que encogerme para no desaparecer. Volver a ser invisible.

¿Hice un pacto con el diablo? En un sueño, pero si lo hubiera hecho bien, habría pedido ser un mejor músico. Siempre pido mal las cosas.

¿Por qué me volví católico? Porque todos buscan algo, dinero, amor... vi gente perderse en el alcohol o en la política. Yo me perdí en la religión, en la redención y en la esperanza. Creo en la inmortalidad de las almas, en la condenación, en la salvación y en la predestinación. Dios era otro de esos trenes que pasaban de largo y yo quería ver si podía subirme. Siempre me gustó la idea de un tipo caminando por el desierto, predicando cosas que nadie entendía del todo. Es más fácil creer que

alguien te está mirando desde arriba que aceptar que nadie está mirando en absoluto. Lo más probable es que lo hice porque siempre me ha gustado desafiar las expectativas de la gente.

¿Qué si me gusta jugar a ser Dios? Me gusta jugar y he tenido que interpretar distintos papeles bíblicos. He sido David, Judas, Juan el Bautista, San Pedro y en estos días dicen que Cesar. Nunca Dios. Aunque para algunos soy sólo un profeta de las ganancias.

¿El accidente en motocicleta realmente sucedió? Morí a los 24 años como James Dean y renací con entusiasmo por ver a mis hijos y alejarme de algunas sanguijuelas con las que trabajaba.

¿Disfruté ser parte de los Traveling Wilburys? Sí. Podría haber sido la mejor banda del mundo si no hubiéramos estado tan viejos y jodidos. Ya solo queda Jeff.

¿Qué pensaba mientras cantaba “*We are the world*”? Que si todos los músicos del escenario hubieran donado el dinero que ganaban en esa misma sala, no hubiéramos necesitado hacer la canción. Pero eso no habría sido tan divertido.

La realidad estaba asustado. El tono se me escapaba y mi voz sonaba como de otro lugar. Stevie se acercó y me dijo que cantara a mi manera. Dejé de perseguir la nota y canté la historia.

Con eso basto.

¿Qué si mi arte es original? De algún modo solo porque se robar con elegancia. Cada verso que escribí lo escuché en otra parte, cada acorde lo encontré perdido, cada pintura representa lo que observé en algún sitio. Lo único mío es la forma en que lo presento. Si algo parece nuevo en lo que hago, es porque la historia se disfraza bien.

¿Qué sentí cuando gané el Nobel de literatura? Que alguien se había equivocado de nombre, que se lo habían dado al tipo equivocado y que probablemente debería escribir un discurso. Al final pensé que no importaba. La literatura no necesita medallas. Las canciones no necesitan etiquetas. Yo nunca escribí para ganar nada que no fuera paz y vida. Escribí porque si no lo hacía algo dentro de mí se moriría. Si querían darme un premio por eso, bien. Si no, también.

¿Y qué sentí cuando Obama me impuso la Medalla de la Libertad? Que probablemente tenía

cosas más importantes que hacer ese día. Todo el mundo parecía emocionado, así que supuse que era un buen momento. En fin, hay quienes todavía me buscan en los discos viejos, en las entrevistas en blanco y negro, en los documentales donde hablan de mí como si ya estuviera muerto. Quieren encontrar a Bob Dylan. Quieren entenderlo. Me buscan en las canciones, antes con metáforas y cada vez más con realidades. No entienden que Bob Dylan nunca ha sido una persona.

No soy Trump. Soy Hank Williams, Cash, Richard, Prine, Baez, Jerry Lee, Simone, Hendrix, Mellencamp y algunos más, soy Ellis Rimbaud. Bob Dylan es una historia que se sigue escribiendo. Un tren que nunca llegó a su destino. Aquel tiempo en que la vida se forjaba con puños y cicatrices en la espalda, cuando el viento traía el eco lejano de los cañones y los hombres nacían con las manos llenas de polvo y pólvora, se va desvaneciendo en la tierra del sueño que nunca despierta. El hierro se fue oxidando en la hierba, las bombas se cubrieron de hiedra y el mundo, cansado de sangrar, se dejó caer sobre la almohada del mañana. Las fábricas cantaron su letanía de progreso y las luces parpadearon en

lenguas de neón. Poco a poco el dolor aprendió a disfrazarse, mientras las heridas se cerraron con algoritmos. Hoy los huesos ya no crujen con el peso de la historia. La carne se remienda con un *clic*, los viejos espectros se disuelven en las pantallas azuladas y la vida se desliza como una moneda en la ranura del destino. El futuro llega en entregas exprés, sin sobresaltos, sin despedidas. El mundo se vuelve obsoleto y la tecnología nos vuelve vulnerables a todos. La tendencia de los viejos a vivir en el pasado se esfuma en la juventud que no lo recuerda.

Por mi parte, aún respiro ansioso en la frontera entre el ayer y el mañana, con el mapa arrugado de un explorador perdido que busca encontrar el gran escaparate de la promesa eterna. Este libro es solo otra canción. Una más, antes de escribir “¡Oh Señor!, espero que no me malinterpreten”. Antes de hacer una pintura en honor a George Floyd. Y si quieren saber cuál es el final, aquí lo tienen: El viento sigue soplando y yo sigo escuchándolo, buscando respuestas.

Malibú, California.

Abril 2025



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

La forja del mito

CAPÍTULO 1		15
CAPÍTULO 2		23
CAPÍTULO 3		29
CAPÍTULO 4		35
CAPÍTULO 5		41

SEGUNDA PARTE

El forastero de Hibbing

CAPÍTULO 6		47
CAPÍTULO 7		51
CAPÍTULO 8		57
CAPÍTULO 9		63
CAPÍTULO 10		69



TERCERA PARTE

Hacia el horizonte

CAPÍTULO 11		75
CAPÍTULO 12		81
CAPÍTULO 13		85
CAPÍTULO 14		91
CAPÍTULO 15		97
CAPÍTULO 16		103
Epílogo		107



El rumor de un nombre
David Vallejo

El rumor de un nombre se terminó de
imprimir en diciembre del 2025 en los talleres
de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.
En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.
Se imprimió en papel cultural.



